

② El racismo en el mundo contemporáneo

RACISMO Y ODIO DEL OTRO

por Albert Memmi

TREINTA años de observación, de reflexión y de investigación “en el terreno” me han conducido al convencimiento de que el famoso racismo es una especie de revoltijo que no hay por donde coger. No estoy hablando sólo de aspectos morales, sino de simple lógica. Ningún aspecto del racismo resiste el menor análisis: los conceptos son inconsistentes, los argumentos descabellados, las conclusiones dudosas o demenciales.

Si pudiéramos sintetizar la vasta bibliografía sobre el racismo llegaríamos a tres grandes grupos de afirmaciones: la supuesta existencia de razas puras; la supuesta superioridad biológica —y por tanto psicológica y cultural— de esas razas; la legitimidad de la dominación ejercida por esas razas y de sus privilegios, como consecuencia de su superioridad.

Ante el examen más somero salta a la vista lo endeble de cada una de estas proposiciones. En su naturaleza biológica el hombre actual es resultado de mestizajes incesantes, cuyo proceso continúa. De modo que la idea de pureza no es más que una metáfora, un deseo o una obsesión. No pretendemos negar las diferencias que existen entre los hombres: los hombres son distintos por sus culturas, y aún biológicamente. Pero las investigaciones científicas más recientes coinciden sorprendentemente en que las diferencias son tan numerosas y variadas que no es posible identificar a un grupo racial determinado con un determinado y único tipo biológico. La idea de superioridad tampoco tiene fundamento. Suponiendo que existiera una superioridad biológica, nada prueba que ella implique superioridad psicológica o cultural. Y, por último, no se ve por qué determinada superioridad natural habría de traducirse en ventajas económicas o sociales. Puede decidirse que así sea, pero se estará estableciendo un privilegio. En síntesis —y contrariamente a un criterio muy extendido— *no existe una teoría científica del racismo, ni un concepto claro y preciso de éste.*

Pero aunque el tema debió darse por agotado hace ya tiempo, el debate vuelve a brotar constantemente. ¿Por qué?

Porque al constituir una seudoteoría y un seudoconcepto, el racismo no toma como base la razón, sino que surge como la proyección mítica y racionalizadora de una experiencia vivida, emocional y más o menos confusa. Parece como si cada vez que se halla en contacto con otro ser individual o colectivo diferente o al que conoce mal, el individuo o el grupo reaccionara con actitudes de inquietud o desconfianza, con un gesto de rechazo agresivo. Estas reacciones no excluyen, por cierto, sentimientos ambivalentes de expectación y esperanza, de dependencia y de colaboración recíprocas.

No es este el lugar para repetir una descripción detallada de esos comportamientos que vienen de los tiempos más remotos y que son parte de la historia del hombre como especie. Recordemos, simplemente, que esas conductas se basan en el miedo y en la competencia por la vida. Cuando para sobrevivir el hombre quiere de-

fender su propia persona y sus bienes y, llegado el caso, apropiarse de los bienes muebles o inmuebles de los demás, de alimentos, de materias primas, de territorios, de mujeres, de bienes reales o imaginarios, religiosos, culturales o simbólicos, el hombre es a la vez agresor y agredido, aterrorizador y aterrorizado.

Pero este rechazo agresivo del prójimo no alcanza plenamente a ser racismo. La elaboración del discurso racista parte de ahí en virtud de condiciones culturales y sociales preexistentes. Tal discurso es la seudolegitimación de la agresión y del provecho en nombre de diferencias que, según se pretende, valorizan al acusador y desvalorizan a su víctima: ser blanco es bueno y bello y, a la vez, ser negro resulta malo y feo. De ahí que los privilegios sean justos.

El racismo —la supuesta superioridad racial basada en una supuesta pureza biológica que debe traducirse en ventajas— no es más que un mecanismo ideológico, una coartada más de la dominación y la expoliación. Se advierte, además, que el racismo forma parte de un mecanismo más general, del que es un caso singular.

Por eso me ha parecido necesario poner de relieve el carácter general de un comportamiento humano, por desgracia demasiado corriente, y, a la vez, el carácter singular del racismo. Este esclarecimiento es necesario para que los falsos problemas del racismo dejen de oscurecer el drama permanente del rechazo agresivo del prójimo. Para que quede mejor constancia de esta distinción he propuesto dar a este rechazo aterrorizado y agresivo una denominación nueva: *heterofobia*. La expresión “racismo” sólo se destinaría a la clase de heterofobia que utiliza el miedo a la diferencia biológica y racial para justificar agresiones y privilegios. Una definición eficaz debería reflejar a la vez el significado amplio y el significado limitado de una misma conducta. En consecuencia, he propuesto la fórmula siguiente que fue acogida por la Enciclopedia Universal y que —lo que me honra— inspira la propia definición de la Unesco: *racismo es la valoración generalizada y definitiva de las diferencias biológicas, reales o imaginarias, en beneficio del acusador y en detrimento de su víctima, con el fin de justificar una agresión.*

Compruébese que bastaría eliminar el término “biológicas” para tener una definición de la heterofobia. Y como prueba de que la actitud y el comportamiento racistas son mecanismos de geometría variable se utiliza cualquier diferencia con tal de que parezca autorizar un rechazo del prójimo y legitimar cualquier beneficio.

Por ese camino llegamos a discernir un criterio único de respuesta a cuestiones vecinas que turban la conciencia contemporánea: ¿Cuál es la relación entre antisemitismo y trata de negros? ¿Podemos hablar de un racismo misógino o antijuvenil? ¿Existe también un racismo de los desamparados y de los oprimidos? ... Para comprobar el parentesco entre estas conductas basta con preguntarnos qué beneficio obtiene un agresor determinado en perjuicio de una víctima determinada.

Digamos de paso que también se podrá asignar a cada uno de esos comportamientos una denominación que muestre su singularidad dentro del mecanismo general de la heterofobia: la *negrofobia* sería, de este modo, el racismo específico contra los negros; la *judeofobia*, el rechazo agresivo de los judíos (y aquí habría que ▶

ALBERT MEMMI, cuyos libros se han publicado en unos veinte países, es un escritor particularmente habilitado para hablar del racismo y sus avatares. Se le deben, entre otras obras, *Portrait du colonisé (1953)*, con prefacio de J.-P. Sartre, *La statue de sel (1953)*, con prefacio de Albert Camus, *La dependance (1979)* y *Le racisme (1982)*.

En el estado actual de la ciencia, nada justifica la creencia de que los grupos humanos difieren por sus aptitudes de orden intelectual o afectivo. Algunas diferencias biológicas pueden ser grandes o mayores dentro de una misma raza que de una raza a otra.

Se han observado transformaciones sociales considerables que no coinciden en modo alguno con cambios de tipo racial. Los estudios históricos y sociológicos corroboran así la opinión según la cual las diferencias genéticas apenas intervienen en la determinación de las diferencias sociales y culturales entre grupos humanos.

Declaración sobre la naturaleza de la raza y las diferencias raciales (Unesco)

París, junio de 1951

► dejar de lado el término, demasiado amplio, de “antisemitismo”); la *arabofobia*, el rechazo de los árabes (que hoy experimenta un recrudescimiento, paradójico en la medida en que se apoya simultáneamente en la miseria de los inmigrantes y en los temores que suscita la crisis del petróleo), etc.

En las lecciones de la historia hallamos las mejores contrapruebas: las víctimas principales del racismo contemporáneo son figuras suficientemente fechadas y sociológicamente legibles. Como doctrina, el racismo es evidentemente reciente y sigue activo. En el siglo XVI los colonizadores españoles oponen a “la inferioridad natural” e inclusive a la “perversidad de los indios” la “misión civilizadora” de España en América, de donde deriva la legitimidad de la conquista y de la implantación europea. El esfuerzo sistemático por justificar la agresión contra un grupo que se presenta como biológicamente (y psicológicamente) inferior y la dominación sobre él por parte de otro grupo pretendidamente superior data de los inicios de la colonización.

Existe una correlación evidente entre la trata de negros, que alcanza su apogeo en el siglo XVII, y los primeros argumentos del racismo biológico. Determinados autores de la Antigüedad proponían los primeros argumentos en su apoyo. Aristóteles, partidario de un orden social basado en la esclavitud, intentó legitimarlo sobre la base de la inferioridad natural de los bárbaros que

debían servir a los griegos como esclavos. Pero tratábase en ese caso de referencias aisladas. Aún estando presente, el estigma biológico desempeñaba un papel muy secundario. Ahora bien, con la *trata de esclavos* se afianza esa argumentación, expresión del mercantilismo.

Aunque el antisemitismo es sin duda antiguo, tratábase más bien de una cuestión religiosa o nacional. Mucho más tarde, con la liberación social relativa de los judíos y, por lo tanto, con la competencia económica, surgirá como doctrina racial. Es interesante destacar una prueba más: siempre que surgen o se agravan las dificultades sociales el antisemitismo se reaviva, como si en los judíos se cristalizaran las angustias de los pueblos en cuyo seno viven. Es que son víctimas *cómodas*: con sus estereotipos negativos, familiares y ampliamente divulgados, son derivados fáciles, útiles víctimas propiciatorias.

Digamos, en síntesis, que sólo en una época relativamente reciente surge el intento de explicar sistemáticamente el racismo en base a una supuesta ciencia. Es que, probablemente, sólo la ciencia sería digna desde entonces de ofrecer la indispensable garantía. Ya Gobineau, uno de los iniciadores del racismo, se basa en el estudio comparado del cerebro para sostener que el de los indios hurones no podría contener ni siquiera el germen de un espíritu equivalente al del europeo. No faltaron excelsos científicos próximos a compartir tales opiniones. Linneo y Buffon no se hallan exentos de prejuicios capaces de despejar el camino a un racismo supuestamente científico. También se busca apoyo en la autoridad de Darwin. De modo que a fines del siglo XIX la Europa culta cree que el género humano se divide en razas superiores e inferiores (recuérdese a Ernest Renan y al antropólogo Broca).

El terreno así preparado producirá cosechas extraordinarias. Gobineau tendrá en Francia una descendencia violentamente antijudía. Sus ideas, unidas a la tradición antisemita, conducirán en Alemania a los campos de concentración, a la deportación, al genocidio de poblaciones completas. En Italia el fascismo procurará legitimar la hegemonía italiana sobre otros pueblos que, por decisión, supónense inferiores (recuérdense las expediciones a Etiopía). Los movimientos paneslavistas buscarán en la literatura, en las costumbres y en la lengua de los países eslavos las supuestas pruebas de una superioridad que les llevó a aprobar operaciones sangrientas, e incluso a patrocinarlas. No escaparon tampoco al contagio los países anglosajones: como resultado de las investigaciones del inglés Galton, ciertos científicos estudiaron seriamente los medios para luchar contra la proliferación de las demás razas. Hay quienes han intentado promover en Estados Unidos una verdadera “cruzada étnica”. Y África del Sur basa sus instituciones en el apartheid. Por último, la manera reciente como se afirman las diferencias, por ejemplo entre los regionalistas y en las naciones jóvenes, no está siempre exenta del peligro de intolerancia y de sectarismo.

Esas diversas doctrinas *raciales* y *culturales*, a la vez que biológicas, se van acercando unas a otras, en un proceso del que se desprende una constante que va más allá de especificidades y circunstancias locales: en nombre de una superioridad biológica o de otro tipo un grupo humano cree hallarse autorizado para afirmarse en contra de otro y para utilizar, con tal fin, hasta la violencia y el asesinato.

Interrogantes que en los últimos tiempos han preocupado a los hombres hallan aquí respuesta también: el racismo fue la ideología cómoda de los inicios de la colonización, de la trata de negros y del antisemitismo. Puede todavía ser útil, y mucho. La guerra de Argelia y, luego, la presencia de millones de trabajadores africa-



El mito del “buen salvaje”, nacido en el siglo XVIII de la mente de Juan Jacobo Rousseau, reduce al indio a una imagen utópica del hombre “primitivo” en su estado de naturaleza. A una sensibilidad semejante responde ostensiblemente esta imagen (siglo XVI) de un jefe indio de América del Sur, casi desnudo y, al mismo tiempo, con porte de “gentilhombre”.



Foto USIS

El Dr. Martin Luther King, Premio Nobel de la Paz en 1964, habla a los participantes en una "Peregrinación de Oraciones por la Libertad" frente al Lincoln Memorial de Washington en mayo de 1957. Martin Luther King fue asesinado el 4 de abril de 1968. He aquí otras palabras pronunciadas por él en Washington el 28 de agosto de 1963:

Por eso os digo, amigos míos, que aunque tengamos que hacer frente a las dificultades de hoy y de mañana, sigo teniendo un sueño. Es un sueño profundamente arraigado en el sueño norteamericano de que un día esta nación se levantará y vivirá plenamente el verdadero sentido de su credo.

Sueño con que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos propietarios de esclavos podrán sentarse juntos a la mesa de la fraternidad.

Sueño con que un día hasta el Estado de Misisipi, un estado abrumado por el calor de la injusticia, abrumado por el calor de la opresión, se transformará en un oasis de libertad y de justicia.

Sueño con que mis cuatro hijos vivirán un día en una nación donde no se les juzgará por el color de su piel sino por el contenido de su carácter. Esto es lo que sueño hoy.

nos en Francia y en toda Europa han sido y siguen siendo terreno fértil para la arabofobia, para una negrofobia renovada y, en general, para un rechazo agresivo de los inmigrantes. Propongo que este rechazo se incluya también dentro del concepto de heterofobia, que es el complejo de miedo a los demás y de agresividad contra ellos.

¿Existe un "racismo" misógino? En sentido estricto es evidente que no, pues las mujeres no constituyen una raza, ni tampoco un pueblo y ni siquiera un grupo socioeconómico determinado. Pero existe heterofobia con respecto a las mujeres, y ésta es más amplia de lo que se cree: miedo e impulsos agresivos que se justifican con ideologías destinadas a devaluar a la mujer, cuya doble ventaja consiste en que tales ideologías permiten a los hombres exorcizar esas angustias y confirmar su pretendida superioridad y sus ventajas concretas.

¿Puede calificarse de "racismo" el ostracismo que se suele imponer a los jóvenes? No es difícil repetir el raciocinio y aplicar también aquí los esquemas de la heterofobia. Los jóvenes, y en

particular los varones, son vistos como una fuerza temible, capaz de desestabilizar una sociedad. Es curioso anotar que, del mismo modo que en el caso de las mujeres, asoma aquí también la dimensión biológica: un joven, un adolescente, puede infundir temor físico. Interrogado por educadores especializados, hube de responder en una oportunidad que los minusválidos con limitaciones de carácter motor o mental podían también inspirar temores de ese tipo y servir de pretexto para ciertos rechazos y para la "afirmación" de las personas "sanas". Y puede finalmente existir, y en realidad existe, un racismo, una heterofobia entre los desamparados, entre las antiguas víctimas, lo cual se advierte en todos los grupos, incluidas todas las clases sociales.

No terminaré refiriéndome al capítulo de las posibles aplicaciones prácticas. Ha de quedar claro, sin embargo, que sin tener en cuenta la tenacidad y la complejidad de la heterofobia, la lucha contra el racismo quedará, a mi juicio, en el plano de los deseos piadosos y de una barata buena conciencia.

A. Memmi

La acción contra los prejuicios, la intolerancia y el racismo en la esfera de la educación

En el marco de su Programa XII, la Unesco se señala, entre otros, el siguiente objetivo:

- contribuir a que los individuos, las comunidades y las naciones tomen conciencia de las manifestaciones de intolerancia y de racismo y a su movilización para combatir esos fenómenos;
- contribuir a transformar las actitudes y los comportamientos de los individuos, los grupos y las naciones entre sí, ofreciéndoles los medios para comprender mejor las demás culturas.

En este sentido, la acción de la Unesco en la esfera propia de la educación se situará en los tres niveles siguientes:

1. las políticas, la planificación y las estructuras de la educación, a fin de evitar las prácticas discriminatorias y la transmisión de los prejuicios, la intolerancia y el espíritu de discriminación (racial o étnica);
2. la formación de profesores, para hacerlos cobrar conciencia de la importancia de su papel e inten-

sificar su vigilancia respecto de los fenómenos considerados. Se organizarán, por ejemplo, intercambios de profesores que los pongan en contacto directo con medios culturales diferentes;

3. los manuales y materiales didácticos que, a veces, exaltan héroes y acontecimientos en términos racistas o, por el contrario, no destacan suficientemente las figuras históricas que han obrado en pro de la tolerancia y el respeto de todas las culturas. A este respecto se fomentarán los intercambios de manuales y de materiales didácticos, de modo que se facilite la revisión de su contenido y se desarrolle el espíritu crítico de los educadores y de los estudiantes.

Con todo ello, la Unesco hace hincapié en la necesidad de "formar las mentes" y prevenir así los estragos del racismo, ya que son muchos los prejuicios y las actitudes negativas que se forman en los primeros años de la infancia y se refuerzan con la educación que cada niño recibe.

TREASON TRIAL

The
ACCUSED

DECEMBER
1956

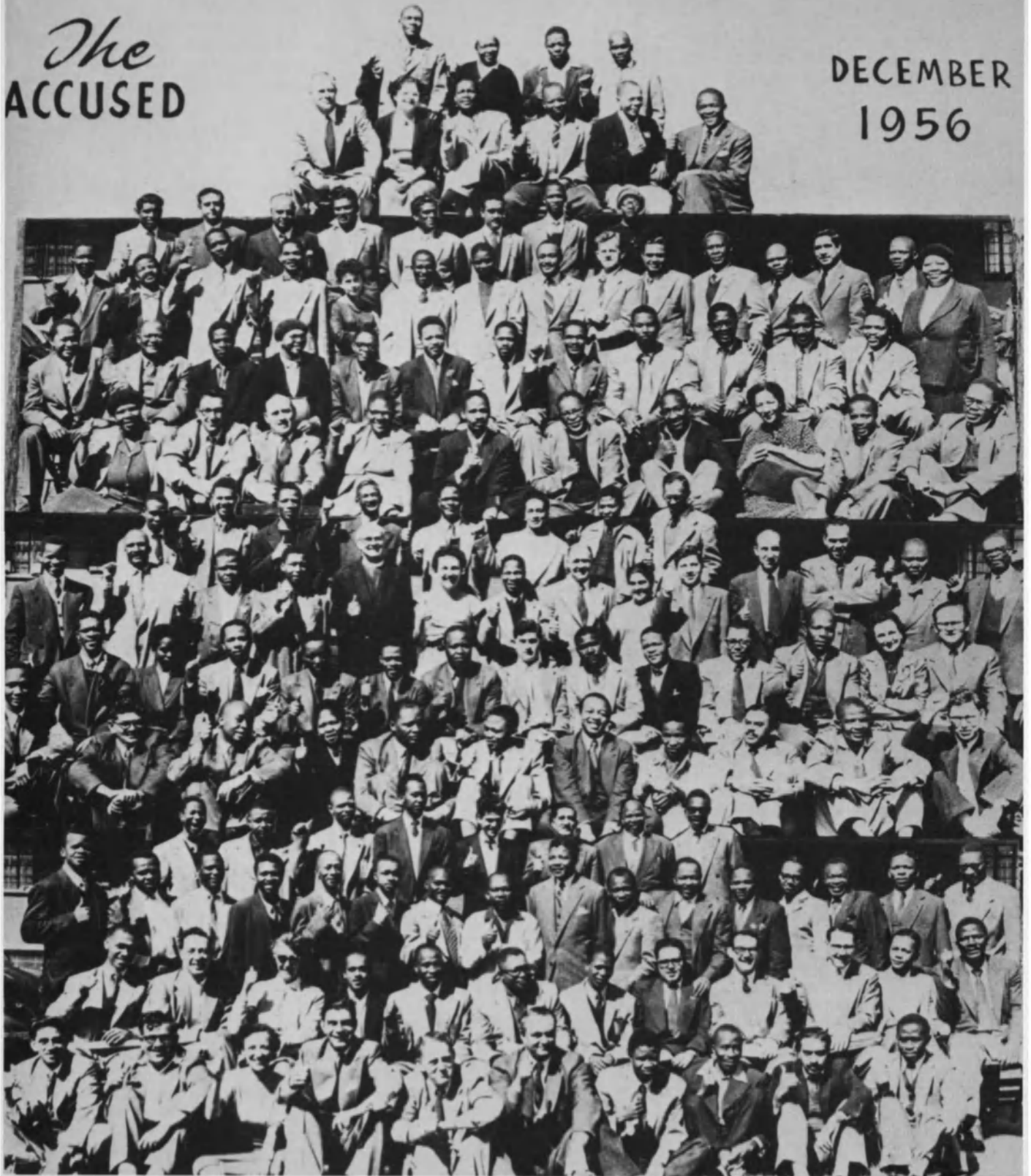


Foto © Eit Weinberg

En 1955 y 1956 la policía "especial" sudafricana llevó a cabo una serie de incursiones en los despachos y los domicilios privados de centenares de adversarios del apartheid, confiscando documentos, cartas, folletos y hasta vestidos con vistas a preparar un juicio contra ellos. En la mañana del 5 de diciembre de 1956 la policía penetró en el domicilio de varios dirigentes de la Congress Alliance, deteniéndolos. Ciento cincuenta y seis personas — 104 africanos, 23 blancos, 21 indios y 8 mestizos — fueron acusados de alta traición, delito que en África del Sur lleva aparejada la pena de muerte. La mayoría de los acusados fueron puestos en libertad, pero treinta de ellos hubieron de sufrir un proceso de cuatro años y medio escuchando la interminable lectura de largos documentos, versiones amañadas de reuniones y deposiciones falsas. Aun así, el juicio por traición terminó con la absolución de todos los acusados, cosa insólita en Sudáfrica donde ese tipo de procesos suelen terminar con la imposición de la pena de muerte, de penas de cadena perpetua o de largos periodos de cárcel. Arriba, una fotografía colectiva de todos los acusados. Nelson Mandela, el dirigente del Congreso Nacional Africano, aparece en la tercera fila y en octava posición desde la derecha. Mandela fue detenido de nuevo en 1962, condenado a cadena perpetua y desde entonces no ha abandonado la prisión de Robben Island.